

# TILL DEATH DO US PART



¿Una boda? ¿zombies? aunque pueda parecerlo, esto ni es “Rec3”, ni en las fotos podréis ver a Leticia Dolera o al incombustible Atún. Esto, a pesar de cualquier parecido, es “Till death do us part”, el título que supone un punto de inflexión en la carrera de Julián Lara.

por Ángel Agudo

**L**a conversación no puede empezar de forma más sorprendente. “*Sé que he hecho muchas cosas mal*”, explica Julián antes de volver a partir hacia Estados Unidos, donde ha vivido los últimos trece meses. “*No sé... después de Sweet blood lo vi claro y si me quedaba aquí iba a seguir haciendo siempre lo mismo*”, añade. Julián es, claro, Julián Lara (Sevilla, 1975), el tipo que hace años tan pronto aparecía en Fangoria como en Crónicas Marcianas, el autor de *Evil Night* y *Deadhunter: Sevillian Zombies*, el cineasta que metía las camisetas de sus cortos hasta en *Un paso adelante* y en definitiva, el chico de Sevilla que se convirtió en Rey e incluso Emperador de toda una filosofía consistente en rodar con lo puesto.

Pero Julián Lara es bastante más que ese personaje que campeó por los festivales de media España y parte del universo. Es también alguien al que ahora le cuesta ver las bondades de aquellos trabajos y alguien con la suficiente valentía como para haber cogido la maleta y enrolarse en las filas de la The Los Angeles Film School a una edad a la que muchos piensan en batirse en retirada. Tras mil aventuras en la Costa Oeste de Estados Unidos que a buen seguro le darían para publicar un nuevo libro, de cientos de horas de estudio, rodajes varios y de días leyendo el L.A. Weekly, al director de *Sweet blood* se le presentó un problema... podía simplemente graduarse en la escuela de cine y tener el título, o además podía rodar una “tesis” que aunque opcional, le serviría para demostrar lo aprendido en Hollywood. “*Vendí mi coche*”, explica,

*“tenía pensado hacerlo más tarde para conseguir un dinero que me permitiera vivir en Estados Unidos, pero pedí consejo a amigos de allí y decidí que tenía que usarlo para hacer un corto. Tenía que tener algo rodado que fuera el salto de calidad que la gente me decía que tenía que dar”.*

Así, Lara empezó a preparar *Till death do us part*, una comedia de zombies ambientada en los años ochenta y en la que una novia celosa provoca que su propia boda sea asaltada por las ex de su futuro marido. La historia continuaba el estilo y la sensibilidad de Julián al tiempo que suponía la ruptura que perseguía y que le había llevado desde Sevilla hasta Estados Unidos. Y es que Julián

sigue fiel a él mismo, a esa suerte de Gregg Bishop de Alcalá de Guadaíra que no se guarda nada de suspense bajo la manga, pero todo ha cambiado y ahora, las piezas que forman su imaginario han mutado para dar pie a una versión elegante de sí mismo en la que la narración fluye mejor, en la que los planos están cuidados e incluso, en la que luce una Red One operada por Jon Aguirresarobe donde en tiempos había llegado a existir una handycam miniDV.

El rodaje dura tres días, en la capilla de un hospital.

**Julián sigue fiel a él mismo, pero todo ha cambiado y ahora es una versión elegante de sí mismo**



